

MUJERES EXCÉNTRICAS DE GÓMEZ CARRILLO EN SUS TREINTA AÑOS DE SU VIDA

Trinis Antonietta Messina Fajardo

Università di Enna “Kore”

Existen muy pocas vidas tan fabulosas como la de Enrique Gómez Carrillo¹ (Guatemala 1837-1927), escritor poliédrico y prolífico, un sensualista, un refinado bohemio, un don juan y calavera, que se propuso ser el heraldo de la nueva literatura europea, el rey del Modernismo. Y efectivamente fue uno de los literatos pródigamente aclamado en los primeros treinta años del siglo veinte en Europa y Latinoamérica, y reconocido como el cronista por excelencia, inimitable, dentro de la corriente modernista.

En sus creaciones emergen infinidad de figuras femeninas, algunas reales, otras inventadas, amadas y admiradas, que influyeron en su vida y en su evolución poética. El estudio se propone hacer un recorrido por el universo femenino del autor, y en particular se detiene en esas mujeres consideradas excéntricas por infringir las reglas que gobernaban la sociedad latinoamericana y europea de *fin de siècle*.

En el mundo carrillista desfilan mujeres incestuosas, brujas, locas, lesbianas, ninfómanas mujeres vinculadas con las cantantes, actrices, cupletistas de moda, cortesanas, bailarinas, etc conocidas por el autor. Atinamos con personajes extravagantes, siniestros, como la desconocida Edda Christensen o la célebre espía Mata Hari —la cual murió fusilada siendo delatada por Gómez Carrillo, según se cuenta en una leyenda grotesca difundida en los años sanguinosos de la Primera Guerra Mundial, pero que enseguida fue negada por él mismo. El autor escribe *El misterio de la vida y la muerte de Mata Hari* (1924)² donde se defiende de los ataques de quienes lo acusaban

¹ Reconocido internacionalmente, fue un escritor ecléctico que se dedicó con entusiasmo a la escritura, distinguiéndose como crítico literario, periodista, novelista, cuentista, cronista de viaje, de guerra, etc., escribió también numerosos ensayos de propaganda política y una autobiografía incompleta. Su infancia y su adolescencia la transcurrió en su país de origen en el seno de una importante familia guatemalteca de orígenes castellanos, el padre, Rector de la Universidad, y belga, la madre, quien le transmitió el amor por el francés y la literatura. Los demás años de su vida los pasó en España y Francia, y recorriendo el mundo. Amante de las tertulias, sus dotes de gran conversador, inteligente y su excelsa capacidad de observación y curiosidad eran reconocidas por todos. De él escribirá Unamuno: “Y Carrillo con su Grecia, me ha hecho viajar no tan sólo por Grecia misma, lo que vale mucho, sino por mis propios reinos interiores, lo que vale mucho más” (1967:1052). Tuvo la posibilidad de conocer personalmente a ilustres intelectuales que influyeron en su formación, incidiendo un surco profundo en su actividad artística y literaria. Pero también conoció y frecuentó gente que perjudicaron su notoriedad, lesionando su reputación. Fueron sobre todo críticas de índole moral e ideológica y no literarias.

² Existe una versión en línea disponible en la red de Bibliotecas Landivirianas.

de haber sido amante y delator de la joven espía. Niega haberla conocido y sobre todo de no estar involucrado en el crimen perpetrado contra la exótica bailarina.³ He aquí una excelsa descripción que ofrece en su libro, gracias a un amigo que asistió a una cena donde la bailarina mimaba sus inicios artísticos (Gómez Carrillo, 1924: 48-49):

Sus grandes ojos negros, entornados en un gesto de éxtasis, sólo dejaban filtrarse, por entre los párpados, dos llamas fosforescentes. Sus brazos redondos, color de ámbar, muy largos muy trepidantes, parecían enroscarse alrededor de un ser invisible. Sus piernas anillosas, lustrosas, musculosas, palpitan con sobresaltos de tendones que amenazaban romperse bajo la epidermis. Si usted la hubiera visto, había creído que asistía a la metamorfosis de una serpiente convirtiéndose e mujer.

También, descubrimos mujeres singulares en la vida y obra del galante escritor, como las tres artistas con las que contrajo matrimonio: Zoila Aurora Cáceres, su primera mujer. Escritora peruana, asidua como su marido de los círculos literarios de mayor crédito.

Raquel Meller, reconocida como la más internacional de las cantantes españolas.⁴ Leamos aquí un breve fragmento del esmerado retrato que el autor le dedicó (2004: 93-96):

Todo su arte, podemos agregar, es un suspiro, una confidencia, un anhelo íntimo. Estudiándola bien, no con métodos analíticos, sino con amor, que es como hay que hacerlo, se nota que no canta más que para sí y para su amante. Variando mucho, siendo altiva y humilde, perversa y sencilla, suave y traviesa, ferviente y ligera; siendo una gran dama y una modistilla, una parisina y una andaluza; siendo buena y mala, cruel y piadosa, siendo múltiple e inexplicable, en suma, es siempre ella misma y no es más que ella; es decir, el más armonioso, el más inquietante y el más divino de los misterios humanos.

Y la tercera esposa, la artista y escritora salvadoreña Consuelo Suncín, que al enviudar del escritor se casó con el famoso Saint-Exupéry, quien le rindió un gran honor, dejándola inmortalizada en *El Principito*.

Gómez Carrillo se dedicó intensamente al tema femenino en sus escritos. Dejó un extenso elenco de libros que abarcan los siguientes títulos: *La mujer y la moda* (1907), *El libro de las mujeres* (1908), *El despertar del alma* (1919), *El segundo libro de mujeres. Safo, Friné y otras seductoras* (1921) y muchos otros, donde ostenta el erotismo y la sexualidad femenina con liberalidad. El escándalo lo persiguió durante

³ Algunos han declarado que el autor sí mantuvo una relación con Mata Hari y otros escribieron que fue todo producto de la imaginación del escritor para vender el libro.

⁴ Gómez Carrillo, gracias a sus importantes contactos diplomáticos en París, fue quien preparó el lanzamiento internacional de la cantante y actriz aragonesa.

toda su extensa actividad literaria hasta hacerle acreedor del título de ‘escritor inmoral’, lo cual le valió la repulsa y el descrédito en algunos ambientes.⁵

Desde luego que el autor de las acreditadas crónicas de viajes y de guerra dispone con potentes pinceladas de signo modernista entidades reales y ficticias, como las apasionadas antiguas y modernas hetairas que representa en sus libros de cuentos y novelas. En el relato *El triunfo de Salomé* (1989), la seductora princesa hebrea se configura como reflejo de las obsesiones masculinas de finales del siglo XIX; inquietudes del hombre machista, ante el nuevo tipo de mujer, la New Woman, que iba imponiéndose⁶ en la sociedad industrial. La versión de Gómez Carrillo es bien original respecto a las múltiples lecturas que sobre el mito se dieron a lo largo del siglo XIX. Salomé no muere como en la obra del amigo Oscar Wilde, sucumbe Marta, la bailarina que la interpreta, poseída por un espíritu maligno.

De sus diversos escritos, publicados casi cotidianamente, brotan deliciosas y pintorescas mujeres, y artistas famosas, como la célebre Isadora Duncan, la misteriosa rusa de “alma oriental”, Napierkowska; la aristocrática y delicada Argentinita u otras danzarinas presentadas con gran asombro y sensibilidad lírica. De los delicados y hermosos retratos de *El Libro de las mujeres* (Gómez Carrillo, 1919: 11-77) se vislumbran personalidades de carácter y talento excepcionales: Tórtola Valencia, Preciosilla y otras bailarinas de los salones madrileños; mademoiselle Adorée Villany, incriminada en Munich por haber efectuado su *performance* desnuda; Gaby, la ninfa de Montmartre, y otras de diferentes latitudes. Otros personajes surten como imágenes inacabadas e imparciales, proporcionando una versión en cierto modo anecdótica, casi una instantánea de decadentes colores como las bohemias, *midinettes* bulervadinas o chicas alegres que se enamoran de los amigos de sus amantes que celebra en sus novelas cortas o a través de sus impresiones por las grandes urbes.

Con un apunte rápido, casi un esbozo, un dibujo estilizado, plasma algunas mujeres de sus infinitas aventuras amorosas y de sus frecuentes errancias por el mundo; fruto también del ambiente refinado y frívolo de la *belle époque*, de la ciudad cosmopolita, musa inspiradora, y espacio único para muchos escritores de finales de siglo: París, “La ciudad de los locos, de los artistas y de las cortesanas [...] antro diabólico y tentador,

⁵ Esa vida bohemia y cosmopolita, de bohemio aristocrático, esa imagen de provocador y amante de mujeres, inspiró a varios autores. Alberto Insúa (1883-1963) creó el personaje de *El negro tenía alma blanca* (Madrid, Castalia, 1998) inspirado en la vida singular del artista nicaragüense.

⁶ Para un mayor estudio sobre la obra, véase el artículo de J. I. Gutiérrez (1995).

todo músicas y canciones, todo sonrisas voluptuosas, todo embriaguez, todo espíritu sutil e ingenio exquisito” (2000: 37-42).⁷

Afloran también, como meras siluetas o sensaciones a lo femenino, todas aquellas mujeres exóticas como las cortesanas griegas, las geishas nipónicas, las bailarinas de oriente y cosmopolitas, las intelectuales libertinas, que describe en sus acreditadas crónicas de viaje⁸ —puras e irresistibles invitaciones a la lectura— por enigmáticas ciudades y países: Japón, Grecia, Marruecos, Egipto, Buenos Aires, Jerusalén, etc.

Es una galería femenina, una vetrina, repleta de bacantes, divas, mujeres excéntricas. Mujeres que dejaron un sello; pero también féminas raras, repudiadas; ficticias o arquetipos de diferentes periodos y diferentes espacios. Tanto figuras reales como librecas y encarnaciones mitológicas que perfuman de *boudoir* se agitan en ese cosmos femenino: experiencia de vida, refinada e inmoral donde lo ramplón no goza de espacio.

Fanático de todo lo femíneo, el “cronista errante” se siente cautivado por todo lo que concierne la mujer: desde la moda, el peinado, las prendas, tiendas y almacenes, esos “paraísos femeninos”, donde “se dan citas las mujeres, se crean nuevas relaciones sociales, se flirtea” (Morán, 2006:143). Desde muy joven, cuenta en su libro de memorias, *Treinta años de mi vida*,⁹ le gustaba observar los atavíos femeninos. Sabía distinguir entre objetos y ropa refinados. De la tienda, donde a los catorce años comienza a trabajar aconsejado por sus padres, quienes pensaban que el jovencito no tendría otro futuro— escribe:

No había allá, sin embargo, nada digno de tentar a una dama lujosa. El genio del gusto [...] no había penetrado aún en los trópicos. Sombreros cargados de plumas, sedas de colores vulgares, encajes hechos a máquina, medias de hilo negro, camisillas groseras, parasoles demasiados adornados, zapatitos de raso falso, he aquí lo mejor que se vendía en «La Sorpresa» [el nombre de la tienda]. (Gómez Carrillo, 201: 73).

Todas las obras relacionadas con las mujeres se configuran como una defensa de la mujer libre, exenta de preconceptos. El enfoque que se percibe es diferente. No existe

⁷ En *Treinta años de mi vida*, Gómez Carrillo escribe una de sus páginas más hermosas sobre la ciudad, a la que define ciudad santa, heroica, patria de extranjeros perseguidos. Defiende la capital francesa de los que la calumniaban definiéndola la ciudad de la perversión Gomorra y Babilonia (185-191).

⁸ Son cinco memorias de viaje que fueron apareciendo en *El Liberal*, el *ABC* de Madrid, *La Nación* (Buenos Aires), *El Mercurio* (Chile), *El Universal* y *El Partido Liberal* de México.

⁹ *Treinta años de mi vida* supone una revisión y análisis de un determinado periodo, un regreso a su pasado que le permite desentrañar sus pasiones, sus decisiones y su actitud de su época de adulto. Es obra incompleta, el autor deja escrito sólo los primeros 19 años. Es una trilogía compuesta por *El despertar del alma* (1919); *En plena bohemia* (1919); y *La miseria de Madrid* (1921). El autor anticipa algunos temas escabrosos tratados en la posmodernidad como el incesto y la homosexualidad, el erotismo. De aquí en adelante se señalará el número de la página al lado de cada cita sacada del libro.

línea divisoria entre buenas y malas. No se ponen nunca en contraposición las virtudes de las buenas mujeres, las decentes, con los vicios de las malas, las definidas imperfectas o negativas. Hay siempre un juicio positivo, una actitud comprensiva hacia todo tipo de comportamiento. El autor intenta siempre mostrar los sentimientos y las tragedias personales de las mujeres de las que escribió enérgicamente, mostrándolas siempre con nervio y carácter.

Las mujeres de Gómez Carrillo, en particular las de su madurez, no encarnan ingenuas y candorosas doncellas. Todo lo contrario, serán, libidinosas, lascivas, oficiantas o sacerdotizas del placer, con tendencias de refinada depravación, más o menos estética, y aun con desviaciones lesbianas [...] (Torres Espinoza, 2007: XII)

En *Treinta años de mi vida*, recreación literaria en la que Gómez Carrillo se planteó reconstruir cronológicamente su activa y azarosa existencia, hallamos a uno de los personajes femeninos más decisivos de su adolescencia, del que nos vamos a ocupar en este artículo: la elegante y seductora, rica, Edda Christensen, de origen escandinava, una mujer mayor de treinta y ocho años, extranjera y casada con un diplomático. Amante de la cultura, del arte y la literatura, mujer fatal, ultrarrefinada y vehemente. El autor se detiene largamente en esta figura que le dejó una huella profunda; pues, fue quien lo inició en la lectura y en la actividad sexual, a la edad de quince años. Con ella mantuvo un *flirt* prohibido, durante varios meses.

En su libro, Carrillo narra los momentos de ternura y de refinada depravación que vivió en su temprana edad; desmenuza todos los instantes pasados con la nórdica que, según Aurora Cáceres, fue un personaje inventado o personaje de una “fábula perversa”, como deja señalado José Luis García Martínez en el prólogo a *Treinta años de mi vida*.

El joven Enrique nos narra que conoció a la “dama ibseniana” en la tienda donde trabajaba como tendero. Desde el momento en que la vio quedó embelesado por ella. Desde entonces su obsesión por esa mujer de belleza incomparable a las chicas que llegaban a la tienda fue creciendo. He aquí cómo describe el desconcertante encuentro:

Fue la más bella de todas... Una mañana la vi entrar, la vi acercarse a mi rayón andando cual un hada, envuelta en un traje de tul celeste, cubierta la cabeza con un sombrero de amplias alas palpitantes. La ví sonreír enseñando el collar de perlas de sus dientes” [...] Yo soñaba en ella día y noche, sin esperanza de volverla a ver. Por las señas nadie la conocía en Guatemala. Y yo había perdido la esperanza de encontrarla. [...] Yo la encontraba divina en su palidez iluminada por dos inmensas pupilas verdes, y a través del tiempo, sigo convencido de que no he vuelto a ver una belleza tan rara. (79)

Una tarde, la “dama ibseniana”, se presenta a la tienda compra intencionadamente varios objetos. Enrique le pregunta si quiere que alguien se los lleve a su casa; la mujer le contesta: “Usted, *petit*; tráigamelo usted, a la hora que quiera” (79). Edda comienza a seducir al joven que cada vez más cautivado por la arrolladora presencia magnética, por su altivez, su “gracia algo hierática”, no deja de pensar en ella.

Al día siguiente la mujer envía un valioso regalo, “un collar de turquesas” formado por cincuenta amuletos, para su madre, acompañado de una carta con una frase escrita en el ángulo del papel destinada a Enrique: “Venga a verme esta noche como ayer”.

La madre se preocupó más por la carta que por el regalo: “Esas palabras contienen una declaración... No es a mí a quien manda sus amuletos... Es a ti, Enrique... Llamarte *cher petit ami* cuando sólo te ha visto un día... y eso después de las flores... [...] la mujer mi inspira miedo... No olvides que está casada ... que no es una niña...” (84).

Todas las noches Enrique acude a la casa paradisíaca de la “divina mujer” que lo recibe devorada del inconfesable deseo: —Ven, pequeñito, ven [...] ¿Por qué llegas cada día más tarde? ... Detesto tu tienda y tu casa que me roban las mejores horas de tu vida” (88). Lo conduce hacia el *boudoir* de su palacete campestre donde entre almohadones olorosos a sándalo, frascos de cristal, libros apoyados en los veladores, joyas, porcelanas, “cristales de todos los países del mundo”, cojines orientales, estampas, acuarelas, óleos, mosaicos, lo convierte en un personaje de *Las mil y una noche*. El adolescente admira el cuerpo virginal, sus gestos armoniosos y sus delicadas y blancas manos mientras toca el piano y lo deleita con su voz. Las descripciones que se dan de los espacios vividos son sensuales y voluptuosas, la atmósfera exótica, elegante y sumamente refinada, del mejor estilo decadentista.

La radiosa mujer lo colma insistentemente de halagos y de reiterados presentes extraordinarios para él y su familia:

Quiero que lleves esto para tu hermanita, decíame despojándose de algún brazalete o de alguna sortija. O bien, al verme acariciar sus exóticos bibelots: Toma ese para tu mamaíta [...] Y cuando se convencía de que con tales maneras no lograba hacerme aceptar sus presentes, empleaba supercherías infantiles o diabólicas, metiéndome en los bolsillos, sin que yo lo notara, objetos preciosos, o mandándome a casa libros, estampas, carteras, corbatas... (91)

Doña Josefina, la atormentada madre, percibe peligrosamente la obsesiva y desmedida generosidad de la mujer. Austera guardiana de la moral cristiana, la madre

no puede aceptar esos amores. Recela la enajenación del hijo, su destrucción, el padecimiento doloroso por el erotismo malsano.

Edda rendidamente se dedica a la instrucción del muchacho tal cual una maestra a su alumno predilecto. La mujer se convierte en una especie de catalizador para Enrique que atraído y eufórico por la cultura que le transmite, por los consejos que le sugiere y los momentos excitantes que le proporciona, cae en la cuenta de su triste, abrumada y mediocre existencia. Hasta ese momento, su vida había sido monótona, insignificante, miserable. La única luz, el único confort de su vacía existencia, tan falta de intereses, es Edda, su fuente de conocimientos.

El cuerpo tentador de la mujer lo magnetiza, sus besos despóticos y el placer sexual dominan al joven completamente sometido a su desbocada sexualidad, a la pasión carnal desenfadada y fogosa. Edda es quien conduce al chiquillo a descubrir el camino de la sexualidad, un territorio antes desconocido. La mujer quebranta las normas de la moral sexual, no le importa transgredir el rígido código moral de la sociedad guatemalteca a la que desafía sometiendo al joven a sus caricias, dominándolo intelectual y moralmente. Ella pretende el abandono servil, la devoción absoluta.

Desdeñosa y cruel, Edda comienza a mofarse de la inexperiencia sexual del joven: “Ella se reía de mis timideces, de mis ignorancias... Ella me hablaba de los secretos de Kama Sutra, de los ritos oscenos de Krishna. Y de vez en cuando, en los momentos de languidez que seguían a nuestros arrebatos sensuales, prometíame llevarme a la India para iniciarme en placeres que sólo bajo el cielo de Oriente pueden florecer.” (109).

Un muñeco, un simple juguete en los brazos de la extraña mujer es el sentimiento que comienza a experimentar Enrique. Las excentricidades deliberadas de la mujer no sólo sexuales, los “caprichos de bruja” y obsesiones esotéricas manifestadas movían en el joven sensaciones molestas y desairadas como cuando le impone el “rito de la alianza”, con gotas de sangre, siguiendo la ciencia de los números. Temeroso de todo ello imagina que Edda es una demente, una desequilibrada: “Sus ojos verdes, dilatados en las órbitas azules, inspirábanme un terror misterioso. Y yo pensaba, sin atreverme a decir una palabra, abandonando mi muñeca al instrumento de su holocausto [el alfiler]: «Está loca, está completamente loca».” (111). Sin embargo, sigue admirándola extasiado por su belleza, culpable la seductora e imperiosa mujer.

El adolescente acepta esa vida amoral, irracional; se abandona al flujo de los eventos, desea vivir la pasión erótica plenamente, sin temor, pese a las frecuentes censuras de su madre, quien lo amonesta indirectamente: “Un ser que lucha contra sus malas pasiones,

que las reprime hasta donde puede, que se defiende contra sí mismo, tiene derecho, cuando cae, a que se le excuse. Un ser que se precipita en brazos de las tentaciones, no obedeciendo sino a un apetito animal, no merece más que desprecio...” (112). Las palabras de la madre lo llevan a la reflexión: renunciar a Edda con tal de evitar sufrimientos a su madre.

Las aprensiones de Josefina, la actitud y los deseos cada vez más extravagantes de Edda y los celos ocasionados por sentimientos constantes de inferioridad de Enrique desencadenan el resquebrajo de la relación. Todo precipita ante las sospechas de un rival cuando nota en la casa de Edda un cuadro de un apuesto joven, un oficial, que resulta ser su hijo. Creyendo que era otro joven amante, Enrique se siente “engañado y humillado”: “¡Ah, cuán distinto aquel mozo rubio del pobre hortera apenas salido de su tienda que yo me complacía en ver siempre en mí!... Todo en sus facciones, en su porte, en su elegancia, causábame horror y envidia.” (115). El joven decepcionado e iracundo por la escena miserable que la mujer ha planeado para provocarle celos decide abandonarla y enviarle una carta. La llama de la pasión se había apagado; se llega finalmente a la inevitable disolución presagiada por Edda que se resigna al abandono: se desesperada, llora, le escribe cartas a Enrique que él no lee. Viendo que sus cartas se quedaban sin respuesta, envía un telegrama dirigido a su madre, en el que decía: “Señora: *La entiendo y le abrazo. Dígale que le perdono y que me moriré de amor. Me marcho esta noche en busca de mi hijo. ¡He envejecido tanto en dos semanas! Adiós. Edda*”.¹⁰ (118) Gómez Carrillo escribe en sus memorias que la ruptura había sido para él “una satisfacción de deber filial heroicamente cumplido” y más aún la adquisición de su independencia y de su importancia como hombre.

Como señala Lahire Bernard (2002: 3) todo individuo se define por el conjunto de sus relaciones, compromisos, pertenencias y propiedades, pasados y presentes. Está fuera de duda de que el encuentro de Gómez Carrillo con esa mujer extraña —si realmente existió— pudo haber determinado el derrotero que tomaría de ahí en adelante. Esa mujer excéntrica, loca, salvó a Enrique de la vida mediocre de hortera lanzándolo hacia el descubrimiento de otra alternativa de vida que lo cambió cultural y moralmente, contribuyendo al cabo de unos años a transformarlo en un intelectual de gran fama.

A los dieciocho años llegó a Francia y allí comenzó su aventura por conquistar París. Su sueño se había realizado. Su creatividad, su carácter que fascinó y conquistó a tantos

¹⁰ Es la traducción de la versión francesa.

hombres y mujeres en Francia, España, Japón... así como fue amado e idolatrado por un vasto público, Gómez Carrillo como otros autores que tuvieron tanta fortuna en un periodo de su vida fue blanco de críticas acerbas al ser acusado de haber escrito demasiado y demasiado rápido historias inconsistentes. Otros críticos de signo contrario han señalado la extraordinaria fluidez y riqueza de su lengua; entre ellos destaca José Luis García Martín que en el prólogo (“Leandro y Crispín o las novelas de una vida”) a *Treinta años de mi vida*, escribe lo siguiente:

No sé si Gómez Carrillo figurará alguna vez en los manuales de literatura junto a los grandes escritores de su tiempo, a la par, como él pretendía, de Rubén y de Martí. Lo que sí sé es que, quien hojee cualquiera de sus obras (escasean en la mesa de novedades, abundan en las librerías de viejo) encontrará siempre una página memorable, como esa visión de los migrantes judíos sentados contra el parapeto del muelle, entre nubes de carbón en el primer capítulo de *De Marsella a Tokio*. O tantas de estas memorias que ahora se reeditan juntas por primera vez, como la declaración de amor a París que inicia en Plena Bohemia, quizá la más apasionada declaración de amor a una ciudad que se haya escrito nunca. (17)

Como ha quedado evidenciado, tanto Gómez Carrillo como sus personajes son excéntricos. Sus comportamientos libres y subversivos desafiaron el orden patriarcal, el oscurantismo, convirtiéndose en prototipo de una clase y de una estética que iba imponiéndose.

Esa imagen femenina que nos ofrece, la celebración desmesurada del placer, corresponde con esa nueva fémica, que fue motivo de turbación por parte de la sociedad masculina finisecular. Edda Christensen es, sin lugar a dudas, el personaje de mayor trascendencia en las obras carrillistas dentro de esa genealogía que a finales del siglo se erigió en ícono de la transgresión femenina, concretadas en figuras de la cultura clásica y bíblica: Circe, Fedra, Dalila, Semíramis, Cleopatra, Lilith, Herodías, Salomé, etc.

En gran parte de sus obras, Carrillo presenta en una misma posición a la mujer amante- dishinibida y a la mujer esposa madre. Sin embargo, en su autobiografía, la mujer demonio, cae, se descalabra. Sale perdiendo la ninfómana y sale triunfando el ángel, la madre.

El autor, al igual que sus epígonos, se dedicó a recrear con fuerza esa mujer fatal, paradójica, mezcla de pasión desenfrenada, de instintos satánicos, tan celebrada por la literatura bohemia finisecular. Pero también desfilan por sus páginas mujeres inteligentes, reflexivas, de naturaleza abierta, emancipadas, con valores propios y ansiosas de liberación, dispuestas a cambiar la sociedad que cual ave *phoenix* estaba resurgiendo con fuerza de los escombros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Eliot, T. S., *Función de la poesía y función de la crítica*, Barcelona, Tusquets, 1999, pp. 14-16.
- Gómez Carrillo, E., *Cuentos modernistas hispanoamericanos*, ed. de E. Marini Palmieri, Madrid, Castalia, 1989.
- Gómez Carrillo, E., *Treinta años de mi vida*, Sevilla, Renacimiento, 2011.
- Gómez Carrillo, E., “El alma sublime de París”, *El viajero modernista*, Gijón, Editorial Llibros del Peixe, 2000, pp. 37-42.
- Gómez Carrillo, E., “Raquel Meller”, *Antología*, Artemiis Edinter, 2004.
- Gómez Carrillo, E., *El libro de las mujeres. Obras completas*, Madrid, Editorial Mundo Latino, t. I, 1919.
- Gómez Carrillo, E., *El misterio de la vida y de la Muerte de Mata Hari*, Sevilla, Renacimiento, 1924.
- Gómez Carrillo, E., *El viajero modernista*, Gijón, Editorial Llibros del Peixe, 2000.
- Gutiérrez, J. I., “Dos acercamientos a un motivo de fin de siglo: La Salomé de Oscar Wilde y la de Enrique Gómez Carrillo”, *Hispanic Review*, 1995, pp. 411-431.
- Lahire, B., *Portraits sociologiques. Dispositions et variations individuelles*, París, Nathan, 2002.
- Litvak, L., *Erotismo y fin de siglo*, Barcelona, Bosch, 1979.
- Morán, F., (2006). “En el rayón lleno de espejos”: Enrique Gómez Carrillo en la tienda por Departamento de la escritura modernista, *Anclajes*, Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa (Argentina) vol X, n.10, 2006, pp. 141-155.
- Sueza Espejo, M.J., *Reflexiones sobre la dictadura de las modas en París de la Belle époque: La mujer y la moda de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)*, Fronteiras, Dourados, MS, v. 13, n. 23, 2011, pp. 76-97.
- Torres Espinoza, E., *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, F&G Editores. 2007
- Unamuno, M., “La Grecia de Carrillo”, *Ensayos*, Madrid, Aguilar, t. 2, 7ª edición, 1967.